

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

EL MUCHACHO QUE LEÍA A HEMINGWAY

Antonio J. Quesada



Edición digital Revista Literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

EL MUCHACHO QUE LEÍA A HEMINGWAY

Antonio J. Quesada

Cuando salió del pueblo nadie imaginó que, algún día, podía llegar a convertirse en alguien tan célebre. Fue una gran sorpresa cuando vieron su rostro en las noticias del mediodía. El pueblo entero se volcó, entonces, con la familia.

Emilio era hijo de Paco “el Pelón”. Paco “el Pelón” tenía algunas tierras y regentaba un taller de coches en las afueras del pueblo. No era muy inteligente, pero tenía buenas manos para los coches. Los más viejos del lugar, como suele decirse, recuerdan todavía su historia: llegó desde la sierra con una mano detrás y otra delante, se casó con la hija de Juan “el Pelón” y se quedó, ya, en el pueblo para tomar posesión de fincas, esposa y mote. Al año, nacería Emilio.

Emilio era un niño muy inquieto: siempre corriendo, siempre enredando, siempre alegre. No era buen estudiante, para qué nos vamos a engañar, pero eso daba igual en el pueblo, porque allí el trabajo nunca faltaba y no era necesario ser una lumbrera para comer caliente cada día.

Cuando se cansó de perder el tiempo en la escuela, empezó a trabajar en el taller de su padre. No era malo para arreglar coches, pero sí bastante vago y así

tampoco se podía ganar un sueldo todos los meses. No le gustaba aquello y se notaba.

Ya por entonces demostró que lo que de verdad le atraía era la aventura: irse al monte y pasar varias noches comiendo ramas o jugando a la guerra de guerrillas, por ejemplo. La aventura, eso sí que le gustaba.

Hizo varios safaris por África. Era curioso que alguien que no tenía la más mínima inquietud cultural leyera y relejera con pasión a Hemingway. Siempre era el mismo relato, también es cierto, pero eso no deja de ser leer a Hemingway: el cuento en cuestión era “La vida feliz de Francis Macomber”. Tenía un libro de relatos de Hemingway, bastante viejo por cierto, y releía este relato una y otra vez. Sólo este relato, pero a él le daba igual: admiraba a Hemingway y, según decía, ese americano de la barba blanca era el número uno.

Siempre en busca de aventura, su madre se quedó blanca cuando Emilio le contó su última ocurrencia. No murió de la impresión por muy poco: no era, ya, subir el Everest, visitar el Himalaya en moto o atravesar la Gran Muralla China, haciendo un alto por donde iban a hacer la Presa ésa de las Tres Gargantas. O alguna otra locura del estilo. Ya no era eso, eso era antes. Lo de ahora era más fuerte.

Lo de ahora era, realmente, de órdago: sin decir nada a nadie se había alistado en los Marines norteamericanos. Marchaba a Estados Unidos en un plazo de dos

semanas.

Fue un bombazo en el pueblo. Tener un paisano en los marines norteamericanos era, con diferencia, lo más llamativo que había pasado jamás en este pueblecito gris. De aquí habían salido un triste suicida, un tratante de hilos muy gordo y cicatero, un político socialista y un poeta alopécico sin demasiada suerte en el mundillo literario. Nada más. No había aquí ni batalla romana que recordar, ni trovador al que honrar ni nadie que justificase mención alguna en ninguna enciclopedia. Bueno, pues ahora tenían un marine norteamericano, lo que no deja de ser pintoresco para un pueblo de Sevilla.

Marchó a Norteamérica, con Hemingway debajo del brazo y ganas de vivir intensamente la vida.

Solían hablar con él casi a diario. Estaba contento, porque ahora tenía todo eso que le faltaba en su pueblo: verdadera aventura. Se apuntaba a todas las farras que le surgían, y así, estuvo dando tiros por Colombia, por Kosovo y por Afganistán. Contaba aventuras excitantes de guerrillas, de hembras ardientes, de incursiones nocturnas y de posiciones defensivas. Lo que dicen las noticias no es ni la mínima parte de lo que pasa, repetía. No os podéis hacer una idea de lo que hay allí. Fuese donde fuese ese allí, siempre había más de lo que podían imaginar sus tranquilos paisanos.

Estaba feliz.

Cuando volvía al pueblo, de permiso, siempre era recibido por la banda de música y el alcalde. Toda una fiesta. La última vez que volvió ya adelantó cuál iba a ser su próximo destino: Irak.

Irak. Acababan de derrocar a Sadam Hussein y ahora había que reorganizar aquello. Y estaban produciéndose demasiadas bajas, así que tampoco es que hubiera tortas para desplazarse voluntario hasta Irak a poner orden. La Resistencia iraquí estaba provocando más bajas que las que provocó la guerra en sí, y el administrador norteamericano estaba pasándolas negras.

Ideal como destino. En Irak había aventura, ascensos rápidos y dinero. Perfecto.

Cogió sus cuatro cosas (su libro de Hemingway y tres cosas más) y salió para Kuwait, desde donde entraría en Irak con sus colegas de armas.

Irak. El espectáculo era terrible: aquí no había paz. Ni siquiera postguerra. Había habido Victoria y, ahora, Ocupación. Y él venía con los invasores: aquello era como llevar una diana pintada en la frente.

Cada día caía, al menos, un soldado occidental, pero en Estados Unidos no se veían estas imágenes de ataúdes cubiertos con la bandera de las barras y las estrellas. Muy pocas veces eran ingleses los caídos: los muertos eran casi siempre norteamericanos. Las emboscadas se sucedían, plagando de bajas las filas invasoras.

Y entonces sucedió: Emilio fue secuestrado por una guerrilla islamista.

Una televisión de Qatar, que siempre tiene estas imágenes antes que nadie, las emitió y se produjo un bombazo mediático: de fondo, banderas iraquíes, palestinas y verdes con caracteres árabes. Soldados de la guerra santa con el rostro tapado y fusiles de asalto en ristre. Y sentado, un occidental con mirada temerosa. Los Mártires de no sé Quién habían secuestrado a este soldado norteamericano ocupante y amenazaban con degollarlo si en cuarenta y ocho horas las tropas norteamericanas no abandonaban el país. Eso decía un enmascarado que aparentaba ser el jefe del comando y que terminaba su lectura haciendo invocaciones a Alá.

No era el primer secuestrado. Posiblemente, tampoco sería el último. Pero sí era el primer soldado norteamericano al que cogían prisionero de este modo.

Bueno, eso de norteamericano era matizable. Al verse sus imágenes fue reconocido y saltó la liebre: este chico era andaluz. Era natural de un pueblecito sevillano y se había enrolado en los marines americanos tiempo atrás. Ahora estaba prisionero de unos guerrilleros musulmanes que habían fijado la fecha de su ejecución.

Ocurrió lo que suele ocurrir en estos casos, ya se pueden hacer una idea: la familia y el pueblo entero pidiendo, por favor, su libertad; España entera

rogando que dejaran libre al muchacho, que no tenía culpa de nada; el gobierno español y el gobierno norteamericano defendiendo que no se podía ceder ante el chantaje de los terroristas, madres llorando por todos lados y poniendo velas en cualquier sitio, etc. En fin, lo que suele pasar en estos casos.

Pasaron cuarenta y ocho horas y el prisionero fue degollado ante las cámaras de televisión. No se vieron las imágenes, pero consta que deben andar rodando por Internet con total seguridad.

Había muerto otro soldado norteamericano, pero era en un pueblecito de Sevilla donde más lloraban. Donde habían puesto las banderas a media asta, donde se guardaban los días de luto y a donde llegaron los objetos personales del caído (un libro viejo de Hemingway, una chapa militar, una medalla con una virgen y algunas fotos arrugadas). Finalmente, llegó el propio caído, en una caja de madera, con una bandera norteamericana. Muerto heroicamente en defensa de las libertades, según leyó alguien durante el entierro. Muerto en una tierra que los presentes hubieran sido incapaces de ubicar en un mapa pues, como mucho, sabían que debía estar cerca de Arabia Saudí. Por Asia, aproximadamente.

Estaba justificado tanto luto en el pueblo: habían matado al chiquillo de Paco “el Pelón”. Con lo buen niño que era. Un poco loco, de acuerdo, pero con buen fondo.

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008